

SAN JOSÉ DE COSTA RICA

PANDEMÓNIUM

REVISTA QUINCENAL ILUSTRADA
DE CIENCIAS, LETRAS Y ARTES

DIRECTOR, JUSTO A. FACIO ◀ ADMINISTRADOR, VÍCTOR POLINARIS

EDITORES: IMPRENTA ALSINA, MURRAY Y CIA.

AÑO VIII

10 DE MARZO DE 1914

NÚM. 106

El año tropical

III

Marzo

En profunda quietud, como sin vida,
todo yace en la tierra y en el cielo,
y sólo allá en el fondo el arroyuelo
ondula y pasa como sierpe herida.

El Sol es una lámina bruñida
que el aire vela con cerúleo velo
y su luz se derrama por el suelo
de amarillosa lividez teñida.

La tierra sitibunda en un rescoldo;
las montañas en humo se ennegrecen;
la Tarde pierde su imperial diadema;

Llega la Noche y, bajo el negro toldo,
inmensos bloques de rubí parecen
los troncos encendidos de la quema.

Justo A. facio

PANDEMÓNIUM

REVISTA QUINCENAL ILUSTRADA, DE CIENCIAS, LETRAS Y ARTES

SE PUBLICA LOS DÍAS 10 Y 25 DE CADA MES

DIRECTOR:

JUSTO A. FACIO

EDITORES:

LIBRERÍA ALSINA * MURRAY Y CIA.

ADMINISTRADOR:

VÍCTOR POLINARIS

CONDICIONES:

Número suelto	¢ 0-25
Suscripción por un mes	0-50
„ „ trimestre (adelantado)	1-25
Número atrasado	0-40
Para Centro América los mismos precios.	
Para el Extranjero,	
el 50 % en oro de los precios anteriores (pago adelantado)	

AVISOS, PRECIOS CONVENCIONALES

SAN JOSÉ, COSTA RICA, AMÉRICA CENTRAL.

APARTADO DE CORREOS 249

SUMARIO:

TEXTO

El año tropical. III. <i>Marzo</i>	JUSTO A. FACIO	Rubén Coto y <i>Renovación</i>
Notas preliminares	A. ALVARADO Q.	No sabía que fuera prohibido sentir
La fotografía en luz ultra-violeta al alcance de los aficionados	MICHAUD Y TRISTÁN	El nuevo Director de la Academia Española
La traza de buen sentido	ANTONIO LÓPEZ M.	Dos dramas españoles
El libro de Calsamiglia	CAMILO CRUZ S.	Celebración oficial del Centenario de Mora
Ni en el Cielo	ED. CALSAMIGLIA	Folleto educador
La intelectualidad hondureña	RAFAEL H. VALLE	Notas
Ateneo de El Salvador		
El mausoleo de los españoles		

GRABADOS

Señorita Lidia Foster.—Figuras 1, 2, 3 y 4 en luz ultravioleta.—El poeta dramático Eduardo Calsamiglia.—Costa Rica pintoresca: Río San José, Sarapiquí. Desembocadura del Sotacaballo, río Chirripó.—Augusto C. Coello.—Su Señoría Ilustrísima Dr. Juan G. Stork bendiciendo el

mausoleo de los españoles.—Cripta en que reposan los restos de don Abelardo Cepa.—Srta. María Isabel Carvajal.—Rubén Coto.—Antonio Maura.—Pérez Galdós.—Jacinto Benavente.—Gerardo Matamoros.—Modas.

Notas preliminares

Alguien ha comparado la vida con un raudal que pasa. Los paisajes, las personas, los sucesos, los afectos que nos parecieron eternos, las ideas que juzgamos inmutables, todo es efímero y se confunde con los sueños y se disuelve en el azul del cielo, como el penacho de humo que lanza la máquina que nos lleva a toda velocidad.

Doce años no cuentan en la vida de un hombre. Cierro los ojos y contemplo a un joven «que se parece a mí co-

mo un hermano», pálido, tímido, que se presenta a la barra de un Tribunal examinador en una noche de mayo, inolvidable, y que para tomar ánimo, principia por leer una tesis con la fe de un convencido.

De la mano de la mujer pasé ese trance angustioso. Hice la evocación de Aspasia, de la mitológica Friné, del culto caballeresco del Feudalismo, de los grandes salones y melancólicos parques de Versalles, como para tra-

zar una trilogía que es resumen y símbolo del poderío y del encanto femenino.

Dije entonces que éste era asunto de actualidad y que se discutía ya por el camino sereno de la propaganda anglo-sajona o bien con la exaltación propia de los países latinos. Tengo que rectificar mi afirmación. Si bien el tema continúa preocupando la atención de los estudiosos y de los políticos en todas las latitudes, en Inglaterra todo un partido se ha organizado para obtener por la violencia lo que de grado no se quiere conceder a las mujeres.

Recordemos que la vieja y sesuda Albión ha sido la verdadera precursora de todas las libertades, la que consignó en su magna-carta el resumen de todos los derechos de que hoy disfrutamos en el mundo. Por lo mismo no dudo un momento que las *suffragistas* ganarán en breve su causa y que lo que hoy motiva escépticas sonrisas o graves inquietudes, será más tarde aplaudido e imitado.

Esa interminable discusión acerca de la desigualdad de los sexos mantenida por los hombres, renacerá donde quiera que estén frente a frente dos personas que pertenezcan al grupo idealista y al grupo positivo. Cuando escuchamos afirmar con énfasis la inferioridad del cerebro de la mujer, lo que debemos comprender entre líneas es que se quiere realzar la energía, la iniciativa, la fuerza y el genio masculinos.

Que son cosas distintas las dos índoles está fuera de duda; que hay entre los sexos más de una pequeña diferencia; que la naturaleza ha dado a uno la capacidad para descubrir muchos de sus secretos, dotando al otro de mayor intensidad para sentir o adivinar lo que el hombre logra conocer a fuerza de perseverancia, es lo que parece ya admitido por todos en el interesante y prolijo debate.

¿Por qué no abrir a la mujer de alguna cultura el campo vedado de la política? En Costa Rica donde predomina aún el sufragio universal, ¿con qué título negamos a una sagaz institutriz

o a una matrona cabeza de familia, que ha sabido educar y dar profesión a numerosos hijos varones, llevando el control de su fortuna con loable parsimonia, lo que tiene ampliamente concedido un obtuso sirviente doméstico o el indígena analfabeta, habitante de las montañas remotas? Eso no es defendible siquiera, y menos en la época presente, en que la conducta apacible, la rectitud de miras, el verdadero patriotismo y el desinterés parecen quedar reservados a nuestra mujer costarricense, que por bella, por sensata, por devota de sus deberes y fiel a sus cariños, merece el cumplido homenaje de propios y de extraños.

* * *

A propósito de la última elección presidencial en Francia, el Maestro Emilio Faguet, heredero directo de los ilustres críticos del siglo pasado, emitió los siguientes conceptos: «Estamos todos conformes en que el Presidente de la República debería ser un monarca constitucional cuyo derecho no sea ni hereditario, ni perpetuo.

»Pienso que es preciso ampliar la base de la elección presidencial sin ensancharla hasta el punto de que se haga el nombramiento por los consejeros generales de los departamentos. Creo que se le debe elegir por el Parlamento, mas no sólo por él. El Presidente, para mí, es el representante y el elegido de las grandes corporaciones permanentes del Estado. Me gustaría por lo mismo que fuera nombrado por el Parlamento asociado de la Corte de Casación y los consejos superiores del ejército, de la Universidad, los representantes de la Iglesia, del Instituto, etc. Desearía que así se constituyera un gran colegio presidencial en el cual el Parlamento fuera elemento muy importante, sin tener, sin embargo, la mayoría.

»El elegido de tal colegio no sería un presidente plebiscitario (sufragio universal) ni tampoco un presidente parlamentario que surge del Congreso, de él depende y por él está dominado. Tendría una autoridad distinta del

Parlamento, sin ser superior o muy superior a la suya. Un hombre que no sea el exponente de un partido y cuyo nombramiento no sea el resultado de una intriga. Más o menos, esto es lo que hoy necesitamos»

El sistema francés, adoptado en 1875 para la elección presidencial, a pesar de sus deficiencias e inconvenientes, acaba de darnos, hace justamente un año, una brillante muestra de su eficacia. No se podía censurar la rapidez de su mecanismo, que evita convulsiones peligrosas, pero se le inculcaba, porque con él sólo medianías escalaban el poder, facilitando así el predominio de la envidia democrática. Gambetta, Ferry, Waldeck-Rousseau, no fueron Presidentes, a pesar de sus indiscutibles méritos y servicios a su país; y, en cambio, los estimables señores Faure, Loubet y Fallières llegaron sin dificultad al solio. Pero sonó una hora de crisis para esos mismos parlamentarios; Francia tenía necesidad de consolidar su prestigio exterior; la estabilidad de sus instituciones estaba puesta a prueba por las estériles discusiones de partidos, y se escogió entonces a M. Raimundo Poincaré, el hombre más representativo de esa gran democracia, el exponente de su alta cultura, no sólo de la teórica, sino también de la que presta el manejo de los hombres, con sus apetitos, intereses y pasiones, en el terrible juego de ajedrez de la política.

No me retracto por lo mismo de ninguno de los puntos fundamentales de mi artículo *El futuro Presidente*. El día en que se nombre el Congreso investido con la atribución nueva de elegir al Primer Magistrado, tendremos diputados que sean verdaderos depositarios de la voluntad popular. Pero nuestra experiencia nos dicta el mismo sano consejo que en los párrafos transcritos insinúa el eminente Faguet, a saber: que el Congreso sea parte integrante del Colegio Electoral, sin tener derecho exclusivo y sin constituir la mayoría con sólo sus cuarenta y tres Representantes. Que se convoque a los grandes cuer-

pos del Estado, contando las siete municipalidades de las cabeceras de provincia, a los representantes de la Iglesia, de la justicia, de la instrucción pública, a las personalidades que han ocupado en la República un puesto en alguno de los tres poderes y que, por lo mismo, tienen caudal de experiencia; un Colegio, en fin, de más de quinientos individuos, que son, en definitiva, los que aquí mandan, con poderes derivados del Soberano, sería en mi concepto el desiderátum para la acertada elección presidencial y para el más arduo de nuestros problemas internos, como que lleva en sí la orientación del país en su marcha o retroceso venideros.

He leído esta objeción en la obra del escritor y jurisconsulto nacional Licdo. D. Octavio Béeche: ⁽¹⁾ «no consiste en el origen de la elección del Presidente, sino en la cantidad de atribuciones que se le encomiendan, el vicio de muchas democracias de Hispano América. En Haití, por ejemplo, el sistema francés produce verdaderos autócratas, lo mismo que el sufragio universal en otras repúblicas». Con el respeto que tengo al ilustrado criterio de mi compatriota debo, sin embargo, manifestar que no estoy convencido. No es uno sino dos los males que debemos remediar. Recortar las alas al Poder Ejecutivo, reducirlo poco a poco a ser el exponente de la soberanía de la Nación ante los extranjeros, es muy recomendable en teoría, aunque muy difícil de obtener en la práctica, pero es de aplaudir toda ley que nos impulse en ese camino, para evitar, en cuanto depende de preceptos y no de los hombres, la arbitrariedad en el gobierno.

Con todo, queda en pie la malsana agitación que exige el sufragio universal, la inevitable corrupción e intrigas bochornosas que en las luchas electorales, a base popular, se señalan en todos los países, sin excluir a los Estados Unidos, en que ese sistema impera, y la intranquilidad, paralización de negocios, pérdida preciosa de

(1) Estudios de Derecho Constitucional

tiempo, arriba y abajo, y otros defectos graves que he señalado antes, y que ahora, después de una de las más apasionadas batallas políticas de nuestra historia, insisto en indicar como factores de decadencia y desmoralización que urge cortar de raíz.

* *

Cuando escribí el boceto dedicado a la memoria del General Morazán salía del limbo de la adolescencia. Tenía fe en los ideales, uno de ellos, la Unión Centroamericana, que para muchos era la panacea de nuestras deficiencias.

Guardo intacto en mi corazón el culto del héroe, y su infortunado e inmerecido fin trágico es un recuerdo punzante para mi patriotismo; pero es en verdad muy difícil que un costarricense de estos tiempos admita como Presidente eventual de la futura Federación (?) al señor Estrada Cabrera o a uno de los dictadores que alternan en Nicaragua.

Un problema nuevo, que ignoraron los próceres de 1821 y que muchos de nuestros hombres de la generación anterior no se resignan a admitir tal como es, la expansión imperialista de los Estados Unidos, ha hecho completamente ineficaz y tal vez contraproducente el sueño acariciado por los unionistas, la reconstrucción de la patria de Morazán, Cabañas y Jerez.

Reunirnos en un solo país para ser como un solo y nutritivo bocado, no es perspectiva halagüeña, y por lo mismo, vemos aquí con recelo las agitaciones interesadas en la prensa norteamericana, de ese viejo e indescifrable enigma de nuestro porvenir.

Ser pequeña y montañosa como Suiza y ser libre, democrática, culta como ella, tal es hoy el derrotado de Costa Rica, el ideal que se predica o que se debe predicar en sus escuelas. Justamente ahora estamos en vías de erigir un monumento a nuestro Guillermo Tell, que realizó con su pueblo un poema heroico, ahuyentando con la punta de la espada al extranjero

enemigo, que profanó el altivo territorio de la patria.

Esto dicho, nos place sobremanera cantar el himno de la raza. Los tiempos son de acercarse los unos a los otros, los descendientes de Castilla y los de Aratuco y de Tlaxcala. La aviación, esa moderna maravilla, tiene que resolver quizás en un lustro, a juzgar por lo que tiene ya conquistado, la comunicación frecuente de la pequeña capital josefina y de la gigantesca Buenos Aires, y entonces ya no existirán las fronteras de la geografía; sólo quedarán las de la historia, las del común origen; habrán desaparecido de seguro las raquíticas contiendas, y si alguna subsiste, será el duelo formidable que ya los poetas han descrito, la épica lucha del Aguila y del Cóndor.

* *

Nuestro deber es «cultivar el jardín», tal como lo indicaba Voltaire en su burla espiritual del optimismo, para que alternen en él lo útil y lo bello, la perspectiva agreste y el apacible paisaje que la luna transfigura para los elegidos del amor. Que cada uno trabaje en lo que Dios le dé a entender e idealice a sus horas, como cantan los pájaros, para reposar de las fatigas y hacer más ameno el vuelo del día siguiente.

En esta época del año aparecen como por encanto en el bulevar las azules y frágiles barracas de improvisados mercaderes parisienses, que no sólo se distinguen por lo ínfimo de sus precios, sino por la diversidad de objetos del surtido, entre los cuales, aunque no de preferencia, suelen encontrarse cosas fuera de uso, de más o menos respetable antigüedad, y son estas últimas las que reciben el pintoresco apelativo de *bric-à-brac*.

Tal es, lector, la modesta colección de ideas que te ofrezco: ni son del todo más, ni son nuevas.

Alejandro Alvarado Quirós

San José, enero de 1914.

(Del libro *Bric-à-brac*)

La fotografía en luz ultra-violeta al alcance de los aficionados

por Gustavo Michaud y J. Fidel Cristán

(Traducido del Scientific American de 28 de setiembre de 1912, para Pandemónium)

La luz ultra-violeta es la «luz negra» para nuestros ojos y este hecho nos mantiene en la ignorancia de la mayor parte de sus propiedades y posibles aplicaciones. Hay, sin embargo, un ojo artificial que frecuentemente puede, según lo ha demostrado el pro-

un objetivo transparente para la luz ultra-violeta y opaco para la luz visible. El vidrio es completamente opaco para aquellas radiaciones cuya longitud de onda es inferior a 3500 unidades Angstrom, pero el cuarzo las deja pasar. Por otra parte, Foucault descubrió que una película de plata, opaca para la luz visible, deja pasar la luz ultra-violeta que resulta de ondas comprendidas entre 3160 y 3260 unidades Angstrom. Un lente de cuarzo plateado constituye, pues, un excelente objetivo para la fotografía en luz ultra-violeta.

Para construir este objetivo basta comprar uno de los lentes de cuarzo muy empleados hoy en lugar de lentes de vidrio para los anteojos de superior calidad. Se pedirá este lente de un foco aproximadamente igual al del objetivo normalmente empleado con la cámara. También se exigirá que sea del tipo pe-

riscópico, cuya ventaja consiste en una disminución del astigmatismo y, por consiguiente, en una definición mejor en las orillas, cuando el diafragma está colocado frente a la cara cóncava del lente y entre éste y el objeto.

Para platear este lente hemos encontrado que la fórmula de Liebig para la preparación de espejos da resultados más satisfactorios y, sobre todo, más constantes que el aldehído fórmico, generalmente preferido hoy en tales casos. El baño se prepara di-

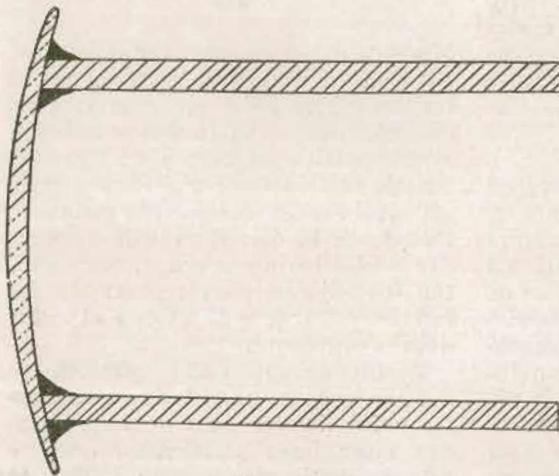


Fig. 1ª

fesor Wood, darnos, en tal caso, la información que necesitamos. Este ojo es la placa fotográfica, y los aficionados a la fotografía y a la ciencia en general encontrarán en la fotografía en luz ultra-violeta un manantial de placeres tanto mayores cuanto que cada hecho nuevo, lento y penosamente descubierto, durante tales investigaciones, es una contribución, con frecuencia importante, al adelanto de la ciencia. No se necesitan aparatos costosos. La única adición necesaria a la cámara es

solviendo 2 gramos de nitrato de plata fundido en 40 cm³ de agua de lluvia. Se agrega amoníaco, gota a gota, hasta que el precipitado formado haya vuelto a disolverse. Luego se vierte,

baño de platear con un volumen de una solución a 10% de lactosa. Se vierte la mezcla en el vaso hasta que el líquido moje completamente la cara inferior del lente. Hora y media después, a lo menos, se retira el lente del baño y se deja un cuarto de hora en agua de lluvia que se cambia frecuentemente. En fin, se le deja secarse en el aire libre.



Fig. 2^a

Por medio de unas cintas de papel negro y de goma arábiga se pega el lente al extremo de un tubo de cartón negro cuyo diámetro sea tal que se pueda colocar fácilmente por encima del extremo posterior del tubo del objetivo, detrás del diafragma. La figura I representa una sección del objetivo ultra-violeta así construido. La figura II muestra éste *in situ*, montado sobre un obturador del tipo Unicam, habiéndose sustituido a la combinación óptica rectilinear de vidrio, cuyas lentes han sido destornilladas.

El tiempo de exposición a la luz directa del sol o bajo un cielo azul, con un objetivo preparado así, es de diez minutos por lo menos. Fotogra-

poco a poco, en el líquido 90 cm³ de una solución de soda cáustica a 3%. Se forma un precipitado negro que se disuelve por medio de unas pocas gotas de amoníaco. Se agrega agua de lluvia hasta que el volumen total sea de 290 cm³. En fin, se deja caer en el líquido, gota a gota, una solución diluida de nitrato de plata, hasta que una última gota produzca un precipitado permanente.

El lente debe ser limpiado sucesivamente con potasa cáustica, alcohol y ácido nítrico. Se coloca horizontalmente en un vaso de vidrio, de tal modo que sus orillas descansen sobre dos o tres fragmentos de vidrio y que su cara inferior convexa esté a unos 5 cm. del fondo del vaso. Luego se mezclan rápidamente 9 volúmenes del

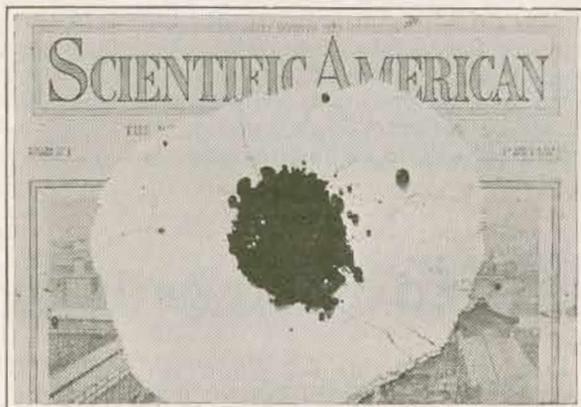


Fig. 3^a

fias de sustancias químicas, paisajes, retratos de personas o animales, objetos microscópicos, deben hacerse siempre por duplicado, es decir, una vez en luz ultra-violeta e inmediatamente después, o antes, en luz visible, con el objetivo ordinario de la cámara. Las

particularidades de la luz invisible, reflejadas por el objeto que se retrata, se descubren fácilmente al comparar las dos fotografías. En el curso de investigaciones hechas de acuerdo con lo expuesto, encontramos diferencias



Fig. 4^o

bastante extraordinarias entre ciertos cuerpos blancos, tales como la creta, el fosfato de calcio, el anhídrido arsenioso, el almidón, la celulosa, la cafeína, la estricnina, la veratrina, que reflejan perfectamente la luz ultra-violeta, y otros cuerpos tan blancos como los anteriores, tales como el subnitrito de bismuto, la papaverina, la brucina, el sulfato de quinina, que no

la reflejan de una manera apreciable. Si nuestros ojos fuesen sensibles únicamente a la luz ultra-violeta, estas últimas sustancias nos parecerían tan negras como el carbón, aunque fuesen de un blanco puro en luz visible. Por

otra parte, el biyoduro de mercurio, fotografiado en luz ultra-violeta, parece algo menos oscuro que en una fotografía ordinaria, y estas curiosas diferencias se observan en las figuras III y IV, que representan una capa de biyoduro de mercurio depositada sobre otra capa concéntrica de papaverina, el todo colocado sobre una hoja de papel impreso. La papaverina, algo más blanca que el papel, parece naturalmente más clara que el biyoduro de mercurio rojo en la fotografía número III, hecha en luz

visible; pero en la fotografía número IV, hecha con el lente de cuarzo plateado, la papaverina no sólo parece negra relativamente al papel (celulosa) sino que es aun algo más oscura que el biyoduro de mercurio.

Gustavo Michaud

J. Fidel Tristán

La traza de buen sentido

Pasa con la lectura del *Quijote* lo que pasa con la realidad misma: que cada uno ve en ella lo que su propio modo de ser lo lleva a descubrir, cuando no a imaginar, sin que ninguno de los puntos de vista, con resultar a veces contradictorios, sea en verdad injustificado.

En sí la realidad es una; pero es distinta para cada sujeto, según lo que en apreciarla influyen las aptitudes diversas, los diferentes hábitos, los

opuestos fines de la investigación. Para el músico la realidad es la nota; para el pintor, la luz; para el arquitecto, la proporción; para el observador, el detalle; para el amante, el reflejo del objeto amado; para el filósofo, el orden; para cada uno, lo que en ella pone o en ella busca o en ella se da a tono con la condición y estado de su ser individual.

Así acontece con las grandes obras literarias, con las obras que, como el

Quijote, no son imaginativas precisamente porque les haya prestado la imaginación sus galas, sino porque la imaginación ha sido el medio luminoso y amplio en que ha tomado cuerpo de realidad, depurado de accidentes confusos, alguna idea, algún aspecto substancial humano. Puestos a ver en el *Quijote* fases de la vida, fines creadores, símbolos de las cosas, esferas de la actividad, todos se ven claramente, porque el *Quijote* es espejo de la vida misma en lo que ella tiene de más hondo.

Pero hay algo en estas grandes obras que todos ven, algo común, algo esencial, en cuya apreciación es fuerza que todos coincidan. Sin ese algo, que es a la vez el fondo de la creación literaria y el molde de la inspiración que crea; sin ese algo, igualmente apreciado, porque es la belleza la soberanía de las almas; sin ese algo, que sujeta a su imperio todo juicio, la obra literaria no sería genial; sería como uno de esos reinos de escaso dominio, fuera del cual no ejerce el monarca otra jurisdicción que la del huésped por fueros de la cortesía.

Ese algo es en el *Quijote* la proclamación y la traza del buen sentido, como norma justa, provechosa, necesaria del buen vivir. La proclamación y la traza del buen sentido,—no su definición lógica, no su concepción abstracta; sino su idea viva, y diría mejor su idea vivida, su consecuencia, su obra; no el modelo, no el tipo racional, porque el buen sentido no se concibe como mera especulación de doctrina; sino como resultante de la

conducta, destacada con rara habilidad sobre la trama fácil y hermosa del poema.

La traza del buen sentido es la resultante de toda esa lucha, cómica en el aspecto, trágica en el fondo, que en el poema de Cervantes mantienen con interés creciente, con encanto inagotable, con enseñanza plácida, fecunda y cierta, lo ideal y lo práctico; ambos por igual tocados de exageración insana, que, por igual también, los hace inhábiles para el arte de la vida. La verdad y el bien han de ser para el hombre relaciones adecuadas y oportunas. Ni todo prosa ni todo poesía, ni todo desinterés ni todo egoísmo; porque cada uno de esos conceptos, cada una de esas realidades es sólo la mitad de las cosas humanas, y ya se sabe que la verdad a medias es la peor de las mentiras.

¡Triste vida la del que todo lo ve por el prisma de su imaginación exaltada, fingiendo ejércitos en los rebaños, gigantes en los molinos y Dulcineas en las lugareñas zafias! La otra media realidad que desatiende, le hará sentir el castigo con la brutalidad de lo grosero y con el ridículo del contraste. ¡Triste vida también la del que todo lo ve por su lado bajo y material, cerrando así toda comunicación salvadora con lo grande, con lo generoso, con lo divino de las ideas!

Ni idealistas ni sensualistas; sujetos de razón. Ni ángeles ni bestias: seres de armonía. Ni Quijotes ni Sanchos: hombres.

Antonio López Muñoz

El libro de Calsamiglia

Alguno ha dicho que «la aparición de un libro es un signo de paz, un golpe dado a la barbarie».

En estos momentos en que prevalece en los ánimos la espectación, el desconcierto; en que el ambiente está saturado de asechanzas y de intrigas;

en que se devoran las crónicas capciosas de los periódicos en busca de la solución del problema gubernamental; en que se cavila mucho, y en que todos desconfían de todos,—la noble exactitud de aquella frase parece tener una aplicación justa al tratar de la

nueva obra que la rotativa acaba de lanzar a la indiferencia del público.

«Un signo de paz, un golpe dado a la barbarie!» Es decir, una señal de cultura, un paréntesis abierto en nuestras zambros eleccionarias.

Me imagino el libro de Eduardo Calsamiglia como un fragante ramillete multicolor arrojado, al acaso, a las turbias aguas de la política, y del que los círculos concéntricos que formara en la caída ofrendarán lises y rosas a los espíritus que desde la ribera contemplan el turbión con ojos ecuánimes.

Para ellos no será inoportuna ni lamentable la publicación actual de *EL COMBATE Y OTRAS OBRAS DRAMÁTICAS*, como se titula este volumen, que sólo contiene, en prosa o verso, piezas que aun,—salvo una,—no han comparecido en el escenario.

El hecho de que el autor le haya puesto de preferencia el nombre de uno de los dramas que lo integran, infunde la creencia de que de todo lo que él más valor o estima le concede, la obra fundamental. La simple lectura del libro comprueba que la elección no es arbitraria.

La obra consta de tres dramas: uno fantástico, *PODERES INVISIBLES*, que se desarrolla parte en el Infierno y parte en la Tierra; otro policéfalo, titulado *EL!*, original y macabro; y el tercero, el que ha dado mote al libro; y seis, entre diálogos y escenas, en verso, todos de carácter picaresco, llenos de gracia y travesura.

Sobre unos y otros se destaca a la primera ojeada, por lo avanzado de sus ideas, por su habilidad técnica, por lo sutil de su psicología y por el interés creciente de sus jornadas, *EL COMBATE*.

Imaginad uno de esos médicos jóvenes a quienes el afán por la ciencia y el amor a la humanidad llenan toda la vida, y que están poseídos por una fiebre filantrópica que no les da tregua en el ejercicio de su profesión. Un doctor, en fin, tan raro, tan excepcional aquí como en todas partes, que ha logrado descubrir un tra-

tamiento eficaz contra la tuberculosis, el que aplica con éxito notable a una infeliz mujer, a quien no sólo no le cobra nada por el específico y honorarios, sino que hasta le da dinero para que pueda observar al pie de la letra las instrucciones terapéuticas.

(Se trata de un fénix de los galeños; ya os lo había dicho; pero convenid en que no es inverosímil).

El *Dr. Arturo Mariscal*, tal es el nombre del protagonista del drama, está casado con *Luca*, bella dama, elegante y frívola, incapaz de comprender a su esposo, a quien engaña con *Ramiro Antúnez*, un petimetre, amigo de la familia.

Luca tiene un principio de tisis, que *Arturo* se propone combatir, sin que ella lo advierta, y del que, confidencialmente, da parte al amante de su mujer, a quien él, con la miopía proverbial de los maridos burlados, considera un buen amigo.

Ramiro, asustado, se marcha a París con dinero que el mismo *Arturo* le presta, y cuando va a regresar le escribe a *Luca* rompiendo sus relaciones íntimas, con cualquier pretexto.

Al leer la carta, *Luca* sufre un ataque y entonces la tuberculosis se revela inequívoca. *Arturo*, lleno de fe, está empeñado en salvarla, cuando entre los papeles del escritorio tropieza con la famosa epístola de *Ramiro*.

El golpe es formidable; *Arturo* adora a *Luca* y es un caballero. Pero repone la serenidad y, como siempre, el médico se sobredone al hombre, y decide continuar la curación de la esposa infiel, a la que enviará al campo. Cuando esté curada se divorciarán.

Don Antonio, padre de *Arturo*, médico también, una medianía que se burla de la medicina, pero que vive sumiso a todos los convencionalismos sociales, pretende que su hijo mate a *Ramiro* y deje morir a *Luca*. Esto en nombre del honor, porque—como él dice—«ciertas manchas sólo se lavan con sangre».

Arturo, que es un civilizado, rechaza ese criterio medioeval, replicando con entereza:

—«Esta mano no ha sido educada



El poeta dramático EDUARDO CALSAMIGLIA,
autor del libro *El Combate y otras obras dramáticas*, recientemente editado
en esta ciudad y recibido con gran aplauso por los intelectuales.

para dar la muerte, sino para dar la vida».

«¿Qué mandan las leyes de ese viejo honor; de ese fantasma que aun perdura entre las ruinas de épocas pasadas? ¿Me ordena que para satisfacer mi

amor propio ofendido deje morir a una infeliz enferma? ¿Me obligan a matar a un mequetrefe para que no se vanagloríe de haber sido el más cobarde de los villanos? Si eso quieren las leyes del honor que usted invoca,

no las acato; sólo obedezco las que me dicta la conciencia. Mientras pueda levantar la frente delante de mí mismo, no la inclinaré ante el mundo».

Entre tanto *Ramiro* ha regresado y muy fresco va a visitar a *Arturo*, creyéndolo ignorante de todo, con la intención de pedirle una prórroga para el pago de lo que le debe. Es un tipo de canalla bien delineado el tal *Ramiro*. *Arturo*, al recordar la afrenta, no puede dominarse ante el cinismo del lechuguino, y arrojándose sobre él intenta estrangularlo, lo que hubiera conseguido sin la intervención de *Don Antonio*.

Casi avergonzado de ese acto impulsivo, el médico vuelve a sobreponerse al marido, y salva a *Ramiro*, que está a punto de morir asfixiado.

La acción sigue su curso ascendente, llena de emoción, hasta la hora del viaje. *Lucía* se va a la finca de la montaña con su hermana *Elena*, el marido de ésta y *Don Antonio*, vencido por los razonamientos de *Arturo*.

Este sufre atrocemente. En vano estruja su corazón: el dolor es más fuerte que él. La despedida es angustiosa. El sabe que no la volverá a ver nunca, y ella, que ha reaccionado después del rompimiento con su amante, y advertida de lo sucedido por su suegro, empieza a conocer la grandeza de alma de su marido.

Y aquí viene la última escena, magistral, en que crispera nuestras vértebras un frío soplo de tragedia, de esas tragedias oscuras que nadie ve.

Cuando los viajeros han salido, *Arturo*, febril, inconsciente, corre a la puerta como para detener a los que parten. Pero se domina y cae en un sillón, murmurando: «Qué sólo! Qué sólo me quedo!»

Una batalla sombría y viril se libra en ese corazón tan injustamente flagelado, en que todo se derrumba: hogar, felicidad, paz, esperanzas, gloria...

JUAN (*El criado*). Hay aquí un enfermo que desea consultarle.

ARTURO Hoy no recibí a nadie. (*Después de una pausa dolorosa*). Juan!

JUAN Señor!

ARTURO Dile que pase adelante.

Qué intenso es esto! Mirad cómo sobre el fracaso de esta vida se alzan imperativas, como una obsesión, la Ciencia y la Humanidad. Esa Humanidad que produce *Ramiro* y *Lucías*, y esa Ciencia augusta, que ni engaña ni traiciona.

* * *

Así sea a vuelo pluma, fuerza es que diga algo de las piezas menudas que integran el libro de Calsamiglia, todas llenas de *esprit* y modelos en su género. La versificación es siempre fluida, fácil; los asuntos peregrinos o adrede estrafalarios; abundan en ellas las situaciones cómicas o grotescas, los retruécanos felices y los chistes de buena ley. La carcajada brota espontánea al comienzo de un diálogo o al final de una escena.

RESOLUCIONES EXTREMAS es un diálogo de alta sociedad, con sus toques de ironía, que tiene versos muy hermosos, como éstos al referir cómo la reina Catalina de Médicis envenenó los labios de su hija la Princesa de Valois para deshacerse del Príncipe de Condé:

...«y al dar el beso, el infeliz amante, cayó a los pies de Margarita, inerte, pues en vez del elixir de la vida encontraba en la boca apetecida el veneno implacable de la muerte».

AL VAPOR se titula un diálogo «relámpago», lleno de buen humor, en que el poeta juega hábilmente con un vocablo y con una de esas beatas que con ex-votos («milagros») asedian a San Antonio pidiéndole... imposibles.

He aquí la contestación de un perillán, a quien una devota del de Padua, tomándole por un platero, le pide que le haga un «milagro»:

«Y si mentira no fuera lo que usted afirma tanto, le juro que he sido santo sin adivinar que lo era. Siempre me tuve, en verdad, por malo, desde el bautismo, no sospechando en mí mismo ni un rasgo de santidad. Y pensando en los que trepan

al cielo, pregunto: ¿cuántos serán tenidos por santos sin que ellos mismos lo sepan?»

Entre un confesor y una joven penitente se cruza un diálogo que yo transcribiera al lector íntegro, de buena gana, por lo ligero y malicioso. El clérigo es de los de manga ancha y a la «niña» no le queda casi nada «qué aprender». Veamos; se denomina UN PECADO MORTAL:

«EL. ...¿Tu galán quiso darte un beso?
 ELLA. Sí! Y yo, padre, se lo dí!
 EL. Todas las niñas los dan. ¿Un beso? Sí: es un pecado; pero no lo nota Dios.
 ELLA. Ay! padre, yo le dí dos!
 EL. Tampoco lo habrá notado! Sólo estando vagabundo notar el Señor podría los mil besos que en un día se cambian en este mundo!»

NI EN EL CIELO!, juguete cómico en cuatro escenas, que se desarrolla en la antesala del Paraíso. Es el caso que un pobre diablo que en la tierra contrajo hasta terceras nupcias, se encuentra en la Gloria, (a donde entró por derecho propio), con las tres consortes que sufrió en vida. La solución es clara: se larga para el Infierno

«a tratar con el Demonio porque un triple matrimonio no lo admite ni en el cielo!»

Otra pieza por el mismo estilo, LAS OPINIONES DE SAN PEDRO, es tal vez las más graciosa de todas, aunque es ligereza afirmar, porque todas son «mejores».

En el cielo hay gran sensación debido a que hace no sé cuántos meses que no se presenta por allí ningún mortal. Dios se alarma y llama a capítulo a San Pedro. El portero celeste se explica; pero lo hace con tan ruda franqueza que tiene que sufrir una felpa que le propina el Padre Eterno; pues ni en el cielo se puede presentar la verdad desnuda. Oigámoslo:

SAN PEDRO. «Los mortales viciosos y refinados ya no son aficionados a músicas celestiales.

En sus costumbres livianas de infamia y prostitución les gusta bailar al son de las músicas profanas. La Matchicha los fascina, el Kan-Kan los enloquece y el Kake-Walk no les parece una danza libertina! Por el Two Step, si conviene es muy capaz la mujer...

DIOS. De qué, Pedro?
 SAN PEDRO. De perder hasta el alma (si la tiene), y ¿por el One-Step? ¡Oh! En ese gran desenfreno lo que tenía de bueno: el pudor, ya lo perdió! Si música infamatoria desean para bailar, ¿cómo les han de gustar los cánticos de la Gloria? En los teatros ya no cuela el drama de corte augusto; ya para el moderno gusto sólo priva la zarzuela, o mejor, la zarzuelilla desvergonzada y pequeña donde toda tiple enseña...

DIOS. ¿Qué cosa?
 SAN PEDRO. La pantorrilla o algo más, si viene a cuento!
 DIOS. Pedro! Tánta liviandad!
 SAN PEDRO. Para decir la verdad me diste consentimiento y la he de decir entera, pues vuestra venia me escuda
 DIOS. Sí; pero no tan desnuda como una tiple cualquiera!»

El Santo Pescador sigue haciendo el recuento de las depravaciones humanas y de las astucias que Satanás despliega para atrapar a las almas, hasta llegar a esta dolorosa presunción:

«Y a mí no me extrañaría que el infame, cualquier día fastidiado ya de tanto probar con hombres su anzuelo, se colara aquí en el cielo para pescar algún santo, o, lo que fuera peor, a una de esas dulces santas que rezan a vuestras plantas humildemente, Señor...

Dios protesta indignado al oír las revelaciones de San Pedro; pero bien se advierte que éste tiene toda la razón.

Cierra el índice una sátira en verso y en prosa, en que se zahieren de modo agudo y gráfico algunos de nuestros tipos nacionales. Está escrita, en

parte, en el lenguaje en que el involvidable Aquileo J. Echeverría hacía hablar a sus «conchos» y no cede en donaire y sabor de la tierra a las célebres «concherías». Escuchemos un fragmento del palique de dos campesinos:

ELLA. Venite, Jesús, venite,
ya nos ha cogido tarde!
Tata se va a calentar,
vámonos pronto,
EL. Dejáme!
Ui-pi-piaaaa!
ELLA. No grités
porque pueden agarrarte
EL. ¿A mí? ¿Quién?
ELLA. La polecía.
EL. Ui-pi-piaaaa! Que me agarren!
Voy a echáme uno con gotas.
ELLA. Si ya has bebío bastante!
Hora todas las taquillas
están trancadas. Andáte!
EL. ¿Trancadas? Yo sé onde venden
de contrabando en las tardes.

ELLA. Venite, por Dios, Jesús
EL. Juana, dejá de fregáme!
Tengo ganas de beber
como te dije endenantes,
y sin sampame otro trago
no me voy de aquí.
ELLA. Yes tarde
y además, ya no nos quedan
nada más que cuatro riales
de la plata que trujimos
pa mercar el diario.
EL. Estáte
con esa tu fregadera
y verés!
ELLA. ¿Vas a pegáme?
EL. Ui-pi-piaaaa! Aquí hay un hombre
templao! Que viva Fernández!

Ahora, decidme si un libro que contiene tales y tan diversas bellezas no merece ser leído.

¡Qué lástima que el país todavía no sepa leer!

Camilo Cruz Santos

Ni en el Cielo

Comedia en cuatro escenas,

de Eduardo Calsamiglia

El escenario representa la antesala del cielo. Bustamante llega a la puerta y llama. San Pedro, que está durmiendo, se despiereza, toma las llaves y va a abrir.

ESCENA I

BUSTAMANTE Y SAN PEDRO

BUST. ¿Es San Pedro?
S. PEDRO. Servidor.
BUST. Perdone...
S. PEDRO. ¿Qué se le ofrece?
BUST. Entrar.
S. PEDRO. ¿Aquí?
BUST. Me parece!
¿No es el cielo?
S. PEDRO. Sí, señor.
BUST. Pues déjeme usted pasar.
S. PEDRO. Alto, amiguito!
BUST. Pero, hombre!
S. PEDRO. Antes dígame su nombre
y exprese en primer lugar
las virtudes que lo abonan.

Aquí a nadie se perdonan tan serias formalidades.
BUST. Se las diré francamente:
soy un hombre que fué casto
aunque viudo impenitente
de tres mujeres.

S. PEDRO. Canasto!
BUST. Sí: de tres calamidades
con aspecto femenino,
de tres furias del averno
que estarán en el infierno,
si no erraron el camino!
Por ellas tanto sufrí,
con tan ejemplar paciencia,
que yo tengo la conciencia
de poder entrar aquí.
S. PEDRO. Es mérito, ciertamente,
ese martirio que arguye;
mas, por sí, no constituye
la condición suficiente
para merecer la Gloria.

- BUST. Además, San Pedro, fui muy devoto suyo.
- S. PEDRO. ¿Sí?
Pues, hombre, no hago memoria!
- BUST. Acaté siempre con celo al Pontífice de Roma. (*Trata de entrar disimuladamente*).
- S. PEDRO. Amigo, entre broma y broma se está colando en el Cielo! Esto es burlarse de mí, considerándome tonto! No hay quien su charla soporte! Entrégueme el pasaporte y entre o salga; pero pronto! (*Dando un papel*). Tómelo.
[Con signos rojos el Obispo lo firmó. (*San Pedro se registra el manto*).
- S. PEDRO. Hombre! Lo malo es que yo no puedo leer sin anteojos. Espéreme aquí un segundo; más de mi ausencia no abuse. Voy a ver si me traduce este papel San Facundo. (*Vase San Pedro*).

ESCENA II

BUSTAMANTE Y SALVADOR (que entra)

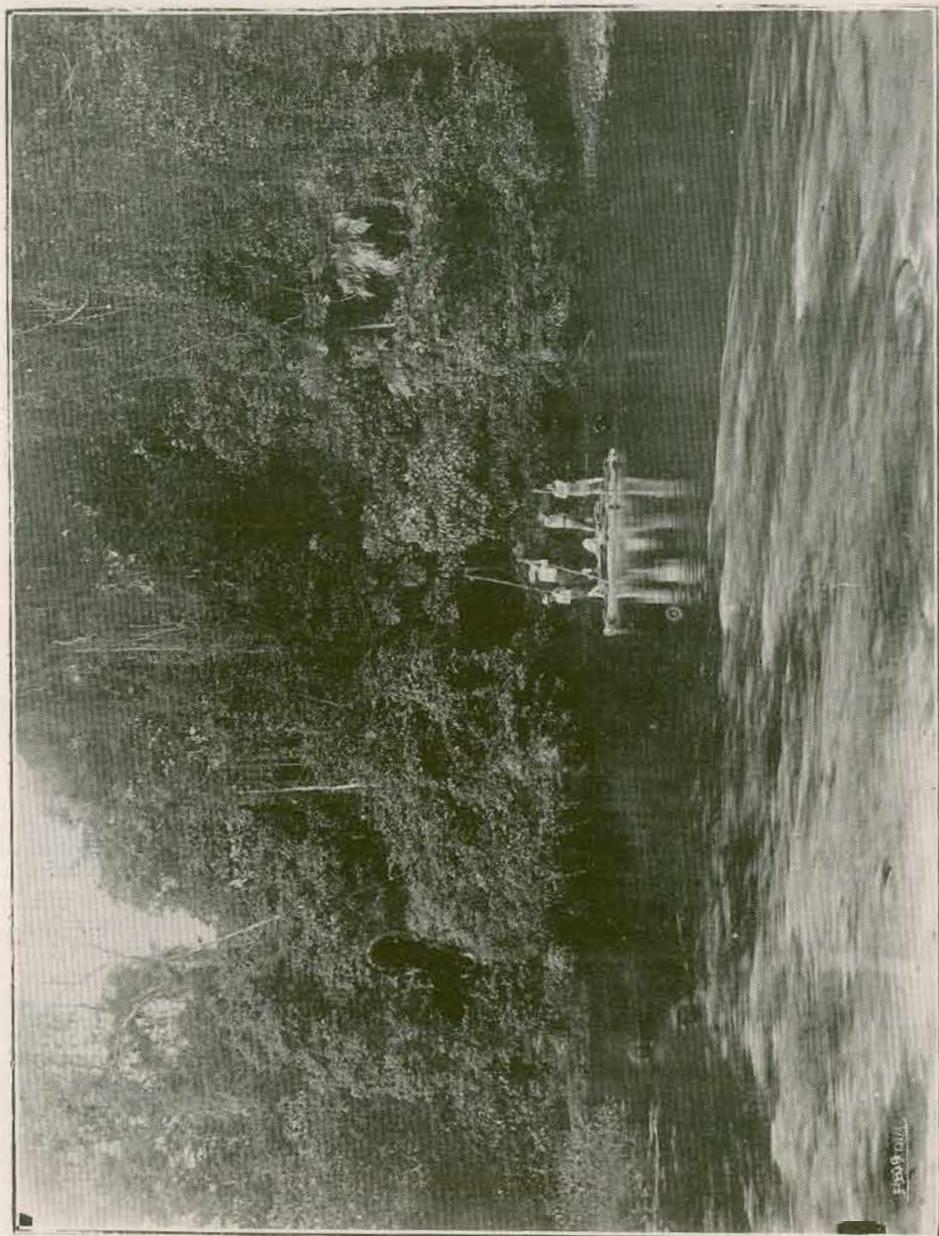
- BUST. (*Aparte*). Me parece...! No me [engaño!
(*Alto*). Hola! Salvador! Qué [veo!
Si a mis ojos no les creo!
¿Tú? En la Gloria? ¿Eso es ex- [traño!
- SALVADOR Ca...! Chócala, Bustamante!
Tanto bueno por aquí!
¿Estás bien de salud?
- BUST. Sí.
- SALVADOR Vaya, me alegro bastante!
¿Y a dónde ibas tan de prisa?
- BUST. A entrar. Mas, saber anhelo cómo diablo está en el cielo un hombre que no fué a misa, que jamás se confesó, que nunca dió buen ejemplo, que de los padres, del templo y del Papa se burló!
¿En virtud de qué conjuro se salva un tipo soltero, como tú, tan parrandero, tan ateo y tan impuro?
- SALVADOR Qué pregunta! Esa si es buena! Yo me confesé al morir y pude hasta aquí subir más limpio que una patena! Acuérdate que el Tenorio dijo este refrán, notorio porque encierra una verdad: «un punto de contrición da a un alma la salvación de toda la eternidad». Son necios, los que en la Tie- [rra
le dan a la carne guerra durante toda su historia y viven entre oraciones, cilicios y privaciones, ignorando, mentecatos, que los placeres del Cielo sin tan estéril anhelo se consiguen más baratos. Puede uno ser perdulario, juerguista, blasfemador, incrédulo, jugador, bandolero y mercenario, sin perjuicio de salvarse: para eso basta la suerte de llorar y confesarse en artículo de muerte. (*Notando el asombro de Bustamante*).
Pero, chico, ¿qué te pasa (*Bustamante trata de ocultarse detrás de su amigo*).
- BUST. Escóndeme, por piedad, que allí viene Soledad conversando con Tomasa!
- SALVADOR ¿Quiénes son?
- BUST. Mis dos mujeres!
Las dos últimas que tuve!
Pero, chico, al cielo sube cualquiera!
- SALVADOR Qué tímido eres!
- BUST. ¿Tímido yo? Voto a un cuerno!
Ah! Si tú las conocieras!
Yo pensaba que esas fieras estaban en el infierno!

ESCENA III

SOLEDAD, TOMASA, SALVADOR Y BUSTAMANTE

- SOLEDAD Bustamante!
- BUST. Vive Cristo!
Soledad, ¡quién lo dijera!

COSTA RICA PINTOESCA



RIO SAN JOSE, SARAPIQUI.—NAVEGACION EN BALSA.

COSTA RICA PINTORESCA



DESEMBOCADURA DEL SOTACABALLO.—RIO CHIRRIPO.

- SOLEDAD ¿Sigues siendo calavera?
Como siempre! Por lo visto!
No bien llegas te has juntado
con este tipo de historia.
- SALVADOR Señora, tenga cuidado
y advierta que a un hombre
[honrado
no se le insulta en la Gloria!
TOMASA (*A Soledad*). Permítame que
[me asombre
de ese tono con que usted
hace la insigne merced
de calificar a este hombre. (*Se-
ñala a Bustamante*).
- SOLEDAD No le debo rendir cuenta
a nadie de lo que digo!
- SALVADOR Señora...!
- SOLEDAD Silencio, amigo!
- SALVADOR Note usted que tal afrenta
a nadie se la tolero!
- SOLEDAD Ni yo puedo suponer
que le grite a una mujer
en la Gloria un caballero!
- BUST. Permíteme... Soledad...
- SOLEDAD ¿Tú también haces el bú?
- TOMASA ¿Cómo? ¿Lo trata de tú?
Tanta familiaridad,
señora, no tiene nombre!
BUST. Salvador, ya se armó un lío!
- SOLEDAD Sepa de una vez que este hom-
[bre
sobre la tierra fué mío!
- TOMASA Vaya un lance vergonzoso!
Basta ya de tal chanchullo!
¿Cómo pudo serlo suyo
quien fué en el mundo mi es-
[poso?
- SOLEDAD ¿Esposo?
- TOMASA Sí!
- SOLEDAD Qué mentira!
Yo fuí la que me casé
con este bandido.
- TOMASA ¿Usté?
Pero esta mujer delira!
Quítenmela de delante
si no quieren que la pinche.
- SOLEDAD Castígala, Bustamante!
(*Riñen las mujeres*).
- BUST. San Pedro, es que están aquí
riñendo mis dos esposas.
- S. PEDRO. ¡Sus dos esposas! ¡Demonio!
- SOL. Y TOM. Es bígamo!
- SALVADOR Vive Dios!
- BUST. No, señores, con las dos
me une el santo matrimonio!
- S. PEDRO. Explíquese, caballero!
- BUST. En la Tierra, ya maduro,
me casé con Sinforosa:
una furia escandalosa
más brava que el Minotaúro!
Al fin tuvo la bondad
de morir. Lo agradecí
y a los dos años uní
mi destino a Soledad.
Otra que tal! Fué celosa,
coqueta, derrochadora,
dormilona, reñidora,
impertinente y chismosa.
Murió al cabo. Quedé viudo
y reincidí con Tomasa.
La hice reina de mi casa
y ella hizo de mí un *mantudo*.
Hasta que se reventó
para bien de los mortales!
En fin! Fueron las tres tales
que por padecerlas, yo
merecí, no digo el Cielo,
si veinte cielos hubiera
unidos los mereciera
quien padeció tanto duelo!
Tal fué, San Pedro, la historia
que acabo de relatar.
Al morir vine a buscar
paz y descanso en la Gloria,
no creyendo que al final
de tan negros padeceres
iba a encontrar tres mujeres
en la mansión celestial!
Porque supongo, ¡ay de mí!
y no es mucho suponer,
que mi primera mujer
también debe hallarse aquí!
Qué horribles desilusiones!
Si me llevo a imaginar
que aquí las iba a encontrar,
no subo ni a tres tirones!
Pues pienso que si en la Tierra,
cada una por separado,
me hizo tan desventurado
moviéndome cruda guerra,
hoy que surgen mis difuntas
como sombras de un delirio
sepa Judas qué martirio

ESCENA IV

DICHOS Y SAN PEDRO

- S. PEDRO. ¿A qué viene ese bochinche?
Yo no permito esas cosas,
ni jamás las permití!

S. PEDRO. me preparan las tres juntas!
El caso es que ya el Eterno
su salvación acordó.
BUST. Muchas gracias; pero yo
mejor me largo al Infierno!
S. PEDRO. Tenga calma y haya paz.
BUST. San Pedro, con calma le hablo:
Entre estas hembras y el Dia-
[blo,
me quedo con Satanás!
Conque... abur!
S. PEDRO. Oígame, amigo!

BUST. Nada escucho! Hasta más ver!
Si usted tuviera mujer
se escaparía conmigo!
Y yo me voy sin recelo
a tratar con el Demonio,
porque un triple matrimonio
no lo admito ni en el Cielo.
(Huye Bustamante con la ve-
locidad del rayo).

TELÓN

(Del libro *El Combate y otras obras dramá-
ticas*.—Imprenta Moderna, San José, 1914.)

La intelectualidad hondureña

(De *Juan Chapín*, revis-
ta selecta de Guatemala).

Hoy son tres nombres los más sobresalientes: Augusto C. Coello, Salatiel Rosales y Luis Andrés Zúñiga. Me parece—con ciertas salvedades—que tienen semejantes preferencias en sus lecturas, amplitud de pupilas, y quizá, manera de ver la Vida desde sus prestigiosos belvederes. Tiene Coello un recio empaque de diarista, de esos para quienes el editorial es una gimnasia que invigora los puños y nutre la bolsa con la plata potente, que es el pan de cada día. Salatiel ha hecho de su espíritu una hermosa Copán, fuerte y pura, a la que sirven de molosos vigilantes una cultura y una perspicuidad de crítico que tiene la voluptuosidad de vender con paños húmedos de vitriolo las heridas de los contrarios. El de Luis Andrés Zúñiga es un estilo cálido y vibrante, con innegable virtud emocional, ondulante a la vez, cuidado siempre, mas diciendo en todo caso el señorío de tal cultor de letras.

Entre los alejados de la activa labor intelectual, pero que volverán al sagrado batallón, pronuncio el nombre de Céleo Dávila, poeta que ha cultivado relaciones íntimas con los rosales, así como Guillén Zelaya con los limoneros. Este Guillén Zelaya es uno

de los más aristocráticos espíritus de la última generación y está llamado a realizar en bellos decires lo que hoy es un simple balbuceo de poesía, porque no puede negarse que por vocación y por la panoplia de su solar es su camino el del cardo y la rosa, enemigos malos.

Debo mencionar a un joven bizarro, José Cruz Sologaitoa, a quien si los embusteros señalan por ser de Guatemala, lo consideramos de esta cofradía mental, porque su labor más plausible y sus más generosas palabras han brotado al calor de este sol, y, semejantes a rosas enhiestas, en la humedad de este terruño. Es Sologaitoa un prosista de modernos recursos y un imperturbable trabajador; y digan lo que quieran Pacheco y la comparsa, anida en su alma el pájaro de un lírico.

Dos estudiosos son el Padre Vallejo y el Licdo. Durón, removedores de archivos. El señor Cuéllar ha traducido a Squier, y don Esteban Guardiola es hombre disertado en letras. Pero entre los hombres de Universidad, ninguno más rico de saber que nuestro actual Ministro en Washington, el Dr. Alberto Membreño, prez de filólogos y una de las cabezas mejor nutridas en la República. Los estudiantes respetan a un Benemérito de la Universidad,—el Dr. Alvarado Manzano, y a un sesudo Profesor,—el Licdo. López

Ponce. Y digo igual elogio de otro querido mentor, a quien se debe la primera Escuela Normal: el nombre de Pedro Nuño hace resplandecer a un hombre querido por lo que lleva

lado más allá del horizonte hondureño. Es un buen hacedor de prosa sonora y un loco cuando se habla de pájaros y celajes; el que más volúmenes ha publicado entre nosotros, el



AUGUSTO C. COELLO.

el escritor centroamericano, hoy nuestro huésped muy distinguido, a quien se refiere el autor de *Intelectualidad hondureña*.

detrás del frontal y por lo que guarda en el corazón, a pesar del perro cursi y del vil tamagás.

A Turcios es justo loarlo, pues ya está fuera de discusión su exquisitez en asuntos de literatura y sus dones de versificador cuyo renombre ha vo-

que mejor ha cultivado su fama y el que más ha cantado a estas mujeres de ojos y bucles negros.

Otros luchadores son Rafael Coello Ramos y Manuel de Adalid y Game-ro, devotos de la música y cultores del vals regional. Carlos Zúñiga Fi-

gueroa, a cuyo cargo está la única Litografía del país. Bernabé Salgado, estudioso orientalista, cuyos artículos, firmados con el seudónimo de Angel de Barbosa, están llamando la atención. Y los soñadores Alonso A. Brito, epigramático; Jorge Zepeda, Adán Coello y Adán Canales.

Entre los escritores políticos, el más enérgico, el más temible y, a la vez, el de más acción, es Policarpo Bonilla, cuyas capacidades de estadista y fervor patriótico son innegables, aun para sus enemigos.

Rafael Heliodoro Valle

Ateneo de El Salvador

Están en nuestro poder los números de esta importante publicación mensual, ilustrada, órgano del centro del mismo nombre, que corresponden al trimestre final de 1913. Dirígela el ilustrado Doctor don J. Dolores Corpeño y la redactan los distinguidos escritores don Salvador Turcios R. y don Abraham Ramírez Peña. La lectura de la selecta revista cuzcatleca pone de relieve, por efecto inmediato, la intensa labor intelectual que realiza en el país hermano el Ateneo de El Salvador, y, de un modo general, exhibe el estado floreciente de la cultura literaria en aquella simpática República. En las ediciones cuyo recibo se acusa en esta nota encontramos información completa acerca de los dos certámenes de letras organizados por la docta corporación y que han tenido resultados excelentes. El primero fué promovido con ocasión del aniversario de la independencia nacional; el asunto era un tema libre, en prosa y verso; el plazo hábil para presentar trabajos fué de sólo diez días, y, a pesar de tan corto lapso de tiempo, participaron en el certamen dieciocho socios activos y correspondientes del Ateneo. El Jurado, compuesto por los señores Francisco Vaquero, J. Antonio López G. y Francisco Gavidia, resolvió conceder el primer premio a la composición titulada *Sursum*, pseudónimo *Tohil*, que resultó ser del poeta Manuel Alvarez Magaña; el segundo premio a la composición en prosa titulada *Influencia del pasado en la independencia de Centro América*, pseudónimo *Kurino*, que resultó ser del escritor Miguel Angel García; adju-

dicar un diploma a la poesía *15 de Setiembre*, pseudónimo *Un campesino*, cuyo nombre no apareció; y premiar con mención honorífica la composición en verso que tiene por título *A España*, pseudónimo *Ibero*, perteneciente al joven poeta Carlos Bustamante. La ceremonia de entrega de las recompensas se efectuó en el acto público realizado la noche del 17 de setiembre, en la Universidad Nacional, con motivo de una conferencia que dictó la Baronesa de Wilson. El segundo certamen, con plazo de veinticuatro días, fué de sonetos conmemorativos del hecho histórico del *5 de noviembre de 1811*, (aniversario cuya celebración es obligada para el Ateneo por una cláusula de sus estatutos), y de trabajos en prosa con este tema: *Trascendencia política del 5 de noviembre de 1811 en los destinos de Centro América*. Los señores Doctor Francisco Vaquero, Doctor Salvador Rodríguez González y don J. Antonio López Gutiérrez integraron el Jurado de calificación, y su voto unánime fue éste: discernir el primer premio a la poesía titulada *Mármoles y Bronces*, pseudónimo *Boabdil*, (Amando Rodríguez Portillo); el accésit, a la poesía *Bronces Patrios*, pseudónimo *Cuzcatleco*, (Salvador Turcios Ramírez); el primer premio de composiciones en prosa, a la firmada *Ariel*, (José Dolores Corpeño); y el accésit, a la firmada *Drago*, (Miguel Angel García). Los trabajos laureados figuran en folleto separado, que también hemos recibido. Por lo demás, la revista del Ateneo de El Salvador contiene abundante material, discretamente seleccionado.

El mausoleo de los españoles

La colonia española, que no sólo se distingue por su laboriosidad y amor al trabajo, sino también por sus sentimientos de solidaridad, ha levantado en el Cementerio General de San José un mausoleo destinado a guardar los restos de los hijos de España que aquí devuelven su material envoltura a la madre tierra. El día 25 de febrero recién pasado fué solemnemente bendici-

do el monumento, y de ese acto ofrecemos hoy a nuestros lectores una



Su Señoría Ilustrísima Dr. don Juan Gaspar Stork en el momento de bendecir el mausoleo de los españoles, en el Cementerio General de San José.

(Fot. del niño Jaime Tormo Molá)

pequeña información gráfica, así como de la cripta que guarda los despojos

mortales de don Abelardo Cepa, caballero español que hizo fortuna en este país y que, como muestra de su acendrado patriotismo, dejó un cuantioso legado a la Sociedad Española de Beneficencia. Como un detalle digno de ocasión, es justo advertir que las dos fotografías fueron tomadas por el niño Jaime Tormo Molá, aficionado al deporte fotográfico.



Cripta en que reposan los restos de don Abelardo Cepa, en el Cementerio General de San José.

(Fot. del niño Jaime Tormo Molá)



MARIA ISABEL CARVAJAL
(Carmen Lira)
Directora de *Renovación*

El número 75 (año IV) de este acreditado quinquenario de literatura, ciencia y crítica bibliográfica aparece bajo la dirección de *Carmen Lira*, la dulce poetisa, escritora y maestra que, sin preámbulos ni bombos, ha conquistado, de poco tiempo acá, puesto de primera clase en las huestes literarias costarricenses, llevando su reputación bien merecida fuera de los límites del país, que espera la aparición pronta de su primer libro. El número de que hablamos trae un *Manifiesto a los trabajadores del Ideal*, valiente poesía de *José María Zeledón*; un prólogo de Unamuno a la obra *Cirugía política*,

Rubén Coto y Renovación



RUBEN COTO,
el joven y notable escritor costarricense,
autor de *Pañuelada de cuentos*

del notable escritor colombiano *Enrique Pérez*, y un capítulo del mismo libro; *Ya no hay flores*, prosa de J. Albertazzi Avendaño; y *Notas Editoriales*. A la vez abre un concurso para averiguar qué maestro en este país habrá enseñado a leer a mayor número de personas. Puede tomarse parte enviando una tarjeta postal de dos céntimos con el nombre de la persona que enseñó las primeras letras al remitente; y al maestro que mayor número de sufragios alcance le hará la revista un homenaje digno de sus merecimientos. Pero, en realidad, el número viene dedicado a la publicación de una parte de la *Pañuelada de cuentos* que Rubén Coto ha puesto en manos de la Dirección y que ésta se prepara a publicar en breve. Rubén

Coto, idealista batallador de carácter acerado y de inteligencia sólida, ha arrumbado a las playas de la literatura patria de pie sobre su propia barca y puede decir, como pocos, no que sea un vencedor del medio, sino un triunfador por su propia valentía. Sus cuentos son cortos, ingenuos, hondamente sentidos, y de todos ellos se desprende, como vivaz emanación de luz, una enseñanza saludable. *A veces en primavera...*—*No sabía que fuera prohibido sentir...*—*Una rosa y un beso*—*Alegría de la mañana*—*Pascualina*—*Los castrados*—*Del arrabal*, y *Canto de las hachas*, que publica *Renovación*, son magníficos ejemplares de su fresca florescencia mental.

PANDEMÓNIUM

No sabía que fuera prohibido sentir...

Como mariposas de luz, transparentes, invisibles, las armonías partían del violín. Volaban y volaban, unas en pos de otras, buscando en dónde posarse, buscando sentimientos.

Los transeuntes, gentes de negocios los más, pasaban y pasaban, en busca de ocasiones, indiferentes a las frases del violín.

Al fin uno se detuvo: un arrapiezo de once años cuando más, limpios, muy limpios los pies; los pantalones y la blusa limpios, muy limpios y muy remendados; la gorra caída de lado e insuficiente a aprisionar aquella exuberancia de cabellos negros; los ojos, ojillos de conejo, negros también y muy vivos. Colgando del hombro llevaba una pequeña caja de pino rematada en una pieza, también de madera, que semejaba la parte inferior de un zapato. Era, bien se ve, uno de tantos limpiabotas.

El violín seguía vibrando, ora suavemente, ya con potente brío; ora esparciendo dolorosas angustias, congojas desesperantes, o bien intensas dichas o regocijos plácidos; ya soltan-

do al aire caravanas de trinos, o ecos de cascadas en que el bosque parecía articular su pensamiento.

El arrapiezo, olvidándose de todo, acercó el cajoncillo a la ventada y subió sobre él para oír mejor.

Nada, nada de aquello le era extraño: aquellas armonías las había vivido él—había reído tanto y tanto había llorado!— Aquellos regocijos habían sido suyos, y suyos también habían sido aquellos lamentos. ¡Cómo sabía el violín relatar la historia de su corta, de su fatigosa existencia! Recordó a Coralía, ausente desde el último octubre; recordó las risueñas tardes, dulces tardes perdidas acaso para siempre, en que, cogidos de la mano, iban juntos a la montaña; allá en lo umbrío, pasaban horas y horas al atisbo del trinar de los jilgueros, junto a un manantial que surgía de una comba del bosque. Después, ah! su hermanita había muerto en un anochecer huraño, horrible. Cuánto había llorado su madre aquella noche; lloraba y llamaba a la muerta: «Coralía! Coralía! ¿a qué dejarnos?» Lloraba estrechán-

dole a él con toda fuerza, haciéndole llorar aun más... aun más...

De pronto, entre la parvada de armonías, asomó una nota sorda, sombría. Fué una congoja siniestra, desesperante como ninguna otra: un gemido, el mismo, el último exhalado por su hermanita al morir.

Aquella viva impresión conmovió de tal modo al pobre arrapiezo que del rosal de su sentimiento brotaron con extraña fuerza florescencias de dolor.

En el momento en que el pequeño

levantaba la manga de la blusa para enjugar en ella los torrentes de emoción, una mano torpe le asía brusca-mente por el brazo, obligándole a bajar. El policial le miró salvaje y le indicó el camino con el bastón.

El limpiabotas quedó atónito, comprendió el peligro y dejó medroso la ventana: «Ah, murmuró, no sabía yo que fuera prohibido sentir...»

Rubén Coto

(De *Pañuelada de cuentos*)

El nuevo Director de la Academia Española

A fines del año anterior fué nombrado don Antonio Maura, por unanimidad de votos, Director de la Real Academia Española. Fué su antecesor inmediato don Alejandro Pidal y Mon, cuyo nombramiento no había sido bien acogido por la intelectualidad española, porque el señor Pidal y Mon estaba en línea muy inferior, como hombre de letras, respecto de otros muchos académicos; v. g., el ilustre y monumental Menéndez y Pelayo, que era el candidato de la opinión pública. Pero en España, (lo mismo que por acá), puede más aún la política que los mejores títulos de la inteligencia y del saber, y a consideraciones políticas debió primero que todo su nombramiento el mediocre marqués del Pidal. Ahora don Antonio Maura ha venido a sucederle a don Alejandro Pidal y Mon. Maura es el terrible político reaccionario que hace ya algunos lustros combate con tenacidad tozuda por impedir la incorporación definitiva de España en el movimiento liberal de Europa; Maura es el implacable conservador que hizo ejecutar a Ferrer,—pensador mediocre, es verdad, pero a quien hacía grande su gestión batalladora por encender en la escuela la antorcha del pensamiento libre y a quien puso la muerte sobre sus hombros de gigante para que

la humanidad indignada sólo contemplase en él a la víctima heroica, sacrificada en holocausto al monstruo



DON ANTONIO MAURA,
el nuevo Director de la Academia Española.

de la intolerancia; Maura es la figura inquisitorial que se destaca sombriamente entre el incendio depurador

que enrojeció con resplandores de sangre «la semana trágica de Barcelona»,—explosión de odios amontonados en el alma popular por las injusticias y los abusos sin cuento a que deben su supremacía acaparadora los que se dicen depositarios de la ley y de la verdad. Pero Maura es, junto con esto, una inteligencia superior, un hombre de vasto saber, un literato eminente, por más que su producción literaria no haya sido muy copiosa.

En donde Maura más ha brillado es en el Foro y en el Parlamento, pues es uno de los más gallardos mantenedores de la incomparable elocuencia española. La Real Academia es, por otra parte, un cuerpo de suyo conservador, y esto mismo hace que la elección de don Antonio Maura haya sido considerada «como uno de los más plausibles aciertos» a que por ventura suelen llegar los huéspedes de la calle de Alarcón. Sea enhorabuena.

Dos dramas españoles

La prensa de Madrid habla con entusiasmo efusivo y elogio vehemente de dos obras que acaban de representarse en la villa y corte del madroño con éxito singular. El primero se ti-

tula *Celia en los infiernos* y pertenece a Pérez Galdós; el segundo lleva por nombre *La malquerida* y es obra de Jacinto Benavente. Al hablar de *Celia en los infiernos* dice un respetable periódico madrileño: «Quien dentro de dos o tres siglos lea esta comedia o asista a alguna representación suya,



PEREZ GALDOS,
autor de *Celia en los infiernos*.



JACINTO BENAVENTE,
autor de *La Malquerida*.

si entonces hubiere teatros todavía y en ellos buen gusto de elección, podrá darse cuenta exacta de cómo era y sentía la sociedad española del siglo XX, con sus luchas, sus preocupaciones, sus tragedias, sus risas y sus anhelos. Todas las figuras de *Celia en los infiernos* son seres de carne y alma, no muñecos de teatro». El mismo pe-riódico se expresa así al hablar de *La malquerida*: «El espíritu de Esquilo, de Sófocles y de Eurípides, la ciega fatalidad inspiradora de la tragedia griega, ha sido evocada por nuestro insigne Jacinto Benavente y ha cernido sus alas, no sobre dioses, héroes y reyes, sino sobre un humilde ambiente de labradores de un pueblecillo toledano. Tiene, en efecto, *La malquerida* la ingeniosidad de la belleza

clásica. Por cima de los siglos y de los países, las pasiones se conservan las mismas siempre y doquiera. Benavente, al escribir ahora una obra, principalmente de pasión e interés, ha sabido hermanar éste con la lógica y aquélla con la sencillez». Luego, al referirse conjuntamente a las dos obras, traza el crítico esta sentencia definitiva: «De las más admirables joyas de la dramaturgia española contemporánea son *Celia en los infiernos* y *La malquerida*». Agreguemos nosotros este dato importantísimo en lo que mira al arte: las dos piezas fueron admirablemente representadas, como debía suceder, por María Guerrero y Díaz de Mendoza,—los dos magos de la escena española.

Celebración oficial del Centenario de Mora

El *Ateneo de Costa Rica*, haciéndose intérprete del sentimiento nacional, acordó en sesión reciente constituir su Directiva en Junta organizadora de festejos para la solemne conmemoración del centenario del nacimiento de don Juan Rafael Mora, y emprender, con este objeto, todos los trabajos necesarios para llevar a cabo esta festividad el día 15 de setiembre de este año, ya que fué imposible hacerlo en el día debido, o sea el 8 de febrero último. Reproducimos el acuerdo tomado al respecto, lo mismo que el dictado por el Gobierno de la República, en relación con esta festividad patriótica, y próximamente daremos informes detallados de las tareas que se realicen en cumplimiento del alto encargo que ha asumido la Junta organizadora, a la que deseamos éxito completo en sus importantes gestiones.

ATENEÓ DE COSTA RICA

La Directiva del *Ateneo de Costa Rica*, reunida a las 4 de la tarde del

día 24 de febrero corriente, acordó lo que sigue:

1º—Tomar a su cargo la celebración de los festejos destinados a conmemorar el centenario de don JUAN RAFAEL MORA a cuyo efecto asume el carácter de Junta organizadora y directora, siempre que, como lo espera, el Gobierno de la República, solicitado con ese fin, le acuerde el concurso moral y material que necesita;

2º—Incorporar como miembros de esa Junta a los señores Lic. don Cleto González Víquez, doctor don Manuel Castro Ramírez, doctor don Angel M^º Bocanegra, doctor don Saturnino Meda y doctor don Daniel Gutiérrez Navas. El Lic. González Víquez queda nombrado desde luego Presidente efectivo de esa Junta; los otros cuatro caballeros formarán parte de ella como representantes de las otras secciones de Centro América;

3º—Las fiestas del Centenario se celebrarán el 15 de setiembre de este año y comprenderán los siguientes números:

a) procesión cívica al Monumento Nacional;

b) inauguración del busto del prócer, erigido en el Cementario General;

c) colocación de una lápida conmemorativa en la casa donde el prócer vivió la primera luz;

d) apertura de la Exposición Histórica;

e) velada en honor del prócer;

f) fiesta patriótica celebrada en todas las escuelas de la República, en honor del prócer, cuyo retrato, obsequiado por el *Ateneo*, será solemnemente inaugurado ese día;

g) entrega a todas las municipalidades de Centro América de una medalla conmemorativa del Centenario;

h) publicación de un libro histórico, en el cual se juzgará al héroe de la autonomía nacional centroamericana desde el punto de vista filosófico;

i) celebrar un certamen para premiar las siguientes obras:

1º, el mejor estudio histórico sobre el prócer, (es el mismo a que se refiere el acápite marcado con la letra h);

2º, la oda en que mejor se canten las virtudes y glorias del héroe centroamericano;

3º, el mejor himno que se presente, dedicado a los héroes del 56.

Las bases de este certamen deberán publicarse en todo el mes de marzo venidero; en él tomarán parte todos los escritores, poetas y músicos de la América Central.

j) poner en circulación sellos de correos y tarjetas postales en conmemoración del Centenario y con el producto de su venta, que durará tres días, atender en parte a los gastos que demanden los festejos. Estos sellos y tarjetas serán usados en todas las ciudades de Centro América, a cuyo efecto será recabada oportunamente la autorización de los respectivos Gobiernos;

k) también se pondrá a la venta, con el mismo fin, una reducción en yeso del busto de don JUAN RAFAEL MORA;

l) solemne colocación de la primera piedra del Monumento que, por suscripción pública recogida en todo Centro América, se le erigirá al prócer en esta ciudad;

m) todos los demás números que en su oportunidad el Gobierno de la República tenga a bien disponer;

n) todos los otros números que la Junta considere adecuados y que sean factibles;

4º—La Junta abrirá seguidamente en todo Centro América una suscripción pública destinada a costear la construcción y erección del Monumento, a cuyo efecto se solicitará el concurso moral y material de gobiernos, municipalidades, instituciones públicas y privadas, funcionarios públicos, ciudadanos particulares, etc., etc.;

5º—La Junta invitará oportunamente a los Gobiernos de Centro América para que se hagan representar en las festividades del Centenario;

6º—La Junta no omitirá medio alguno para hacer que las festividades tengan la mayor solemnidad posible y aceptará para ello el concurso de todas las personas bien animadas;

7º—Se nombra a los señores don Justo A. Facio y don Ricardo Fernández Guardia para que recaben del Gobierno el apoyo moral y los auxilios materiales que demanda la ejecución de este proyecto patriótico;

8º—El presente acuerdo queda desde luego aprobado en todas sus partes.

Justo A. Facio

Presidente

G. Zúñiga Montúfar

Secretario

CARTERA DE GOBERNACION

Nº 120.—San José, 28 de febrero de 1914.—Para celebrar el Centenario del Benemérito ex-Presidente don Juan Rafael Mora, Prócer de la Campaña Nacional,—El Presidente de la República

ACUERDA:

Artículo 19—Delegar en la Junta Directiva del Ateneo de Costa Rica, integrada además, en virtud de designación especial que para este caso hizo la misma, por los señores Licenciado don Cleto González Víquez, doctor don Manuel Castro Ramírez, doctor don Angel María Bocanegra, doctor don Saturnino Medal y doctor don Daniel Gutiérrez Navas, el encargo de organizar y dirigir los actos y festejos conmemorativos.

Artículo 20—Señalar, a iniciativa de la citada Junta Directiva del Ateneo, el día 15 de setiembre próximo

para la celebración del Centenario.

Artículo 30—Aprobar el proyecto de festejos presentado por la Junta Directiva, para cuya realización el Poder Ejecutivo prestará su concurso moral y material.

Artículo 40—Haber por incorporados en la Junta organizadora y directora del Centenario a los miembros, anteriormente nombrados, de las comisiones encargadas de formar y editar la recopilación de los documentos de la Campaña Nacional y de preparar la Exposición Histórica de aquella época.—PUBLÍQUESE.—JIMÉNEZ.—El Secretario de Estado en el Despacho de Gobernación,—C. M. JIMÉNEZ.

Folletín educador

El Director de *El Noticiero*, don Gerardo Matamoros, es un trabajador cuya noble mano blande con igual gentileza el martillo del herrero y la pluma del escritor. Espíritu sano, carácter sólido, inteligencia ávida, Matamoros ha sabido templar esas cualidades en la fuente del estudio, que le ha permitido almacenar una suma de conocimientos superior en mucho a lo que en la escala de la cultura suele alcanzar el obrero que ansía iluminar su camino con la luz del saber. Pero Matamoros, que se halla, además, animado por sentimientos de generosidad efusiva, como toda naturaleza noble de suyo, ha trabajado también empeñosamente por hacer que la clase artesana busque en la cultura el mejoramiento virtual de su condición.

No sólo para los obreros pone alas Matamoros a sus ansias de bien; ahora precisamente lo vemos una vez más dar forma a su noble prurito anunciando que, por vía de folletín, se propone insertar en su periódico un libro cuya lectura edificante imprime en las conciencias dirección vigorosa hacia regiones morales más elevadas. Este libro es *La vida sencilla*, de C.

Wagner, notable y sesudo escritor alemán que con sus libros, todos de la misma índole, fortalece nuestro carácter en la lucha salvadora por todo lo bueno. Mientras otros periodistas se empeñan en dar interés a sus papeles mediante la publicación, atrozmente aderezada, de crímenes que espeluznan y de escándalos que deshonran, determinando en el ambiente social una corriente psicológica que sirve de medio conductor a todas las perversiones morales, Matamoros, este otro periodista, este periodista bonachón, se prepara a ofrecer a sus lectores el alimento puro de aquellas ideas que fortalecen la mente en su difícil ascensión hacia todo lo que es racional, noble y digno. Pero todavía hace más el bueno del hombre: reduce a mitad de precio para los preceptores la suscripción de su periódico durante el mes de marzo. Diráse tal vez que Matamoros desea hacerle reclamo a *El Noticiero*: bueno, ¿y qué?: he allí un interés bien legítimo, y siempre será loable popularizar una empresa periodística con cebo de lecturas que nutren la inteligencia, ennoblecen el ánimo y predisponen al bien.



GERARDO MATAMOROS,
Director del diario *El Noticiero*.

NOTAS

Empresa editorial nacional

La *Lectura Barata* de Falcó, Zeledón & Co., recientemente establecida en

esta capital, ha resuelto acometer una obra de suma trascendencia para el país y en la cual deben ser empeñosamente auxiliados sus promotores por

cuantas personas amen de verdad el progreso intelectual de Costa Rica. Nos referimos al proyecto, ya en vías de ejecución, de dedicarse, como casa editorial, a la publicación de obras de autores nacionales, cosa que si hasta la fecha ha resultado un fracaso en toda regla por la rigidez positivista y la frivolidad de nuestro público, será un éxito para *Lectura Barata* gracias al plan inteligentemente pensado sobre el cual descansa en firme la simpática idea. Se proponen los señores *Falcó, Zeledón & Co.*, en efecto, adquirir mediante condiciones de liberal reciprocidad con los autores del país el derecho de editar sus libros; y sabido como es que la venta de ejemplares, en plaza, no produce nunca lo suficiente para el pago de los gastos y mucho menos para utilidades de ningún género, se han puesto ellos al habla con empresas editoriales de todos los grandes centros de lengua española, para canjear publicaciones, asegurando así la pronta colocación y realización de ediciones de cinco o seis mil ejemplares, que les permiten, indudablemente, hacer su lícito negocio y dar al autor satisfactorias ganancias, fuera del adelanto en dinero que la casa haya entregado al recibir los originales. La primera obra nacional editada por *Lectura Barata* será un libro de la gentil escritora y dulce artista *Carmen Lira* (señorita María Isabel Carvajal); pero para principiar relaciones comerciales, la empresa ha mandado ya por su cuenta, en los últimos correos despachados a Centro y Sur América, las siguientes obras de autores costarricenses: *El Combate*, de Eduardo Calsamiglia; *Palabras dichas*, de Ernesto Martín, y *Escenas costarricenses*, de Claudio González Rucavado. La idea de los señores *Falcó, Zeledón & Co.*, como dijimos al principio de esta nota, es de notoria trascendencia para Costa Rica, no sólo porque inicia y fomenta un movimiento nuevo de intelectualidad que se hace indispensable en todo sentido, y, especialmente, como valla al estado de disolución moral que cada día crece entre nosotros,—sino porque da a

conocer la cultura del país en el extranjero y pone nuestras mentalidades en contacto con las de otros centros de acción, lo que puede y ha de ser fuente de provechos de que no alcanzan a darse cuenta, ni por asomo, los que piensan y creen, como hijos del siglo, que sólo de pan vive el hombre. ¡Loor, pues, a la obra de *Lectura Barata!*

El Combate y otras obras dramáticas

de Eduardo Calsamiglia

Por separado tratamos in-extenso acerca de esta publicación, editada en la Imprenta Moderna. Contiene el tomo: *Poderes invisibles*, drama fantástico en un acto y en verso. *El!*, drama en tres actos y en prosa. *El Combate*, drama en tres actos, en prosa. *Resoluciones extremas*, diálogo en un acto, en verso. *Al vapor*, diálogo en verso. *Un pecado mortal*, diálogo en verso. *Ni en el cielo!*, verso. *Las opiniones de San Pedro*, verso. *La comedia de la vida*, sátira en un acto, prosa y verso. El autor ha publicado, además, *Vindicta*, drama en un acto. *Atavismo*, drama en tres actos. «?», drama en tres actos. *Doña Restituta*, zarzuela en un acto. *La tormenta*, parodia. *El hombre malo*, jugueto cómico en colaboración con Modesto Martínez. Según leemos en la portada, el señor Calsamiglia tiene en preparación un drama en cuatro actos, con el título *La presencia del pasado*, y otro drama, en tres actos y un prólogo, en colaboración del señor Maatínez, y que se llamará *Corazón artificial*.

Minerva

Con este nombre sugestivo ha comenzado a publicarse en esta ciudad una revista ilustrada, bajo la dirección de don Mario Rivas. Trae el primer número de *Minerva*, que ha llegado a nuestra mesa de redacción, material variado e interesante. Deseamos buen éxito en todos sentidos a la nueva publicación.



Trajes
de niños
para
el verano.

Trajes
para paseo

